



UNR Universidad
Nacional de Rosario

Facultad de Psicología

Trabajo Integrador Final:

Modalidad de presentación: Ensayo.

**El rechazo hacia la muerte: La vejez como retorno de lo
reprimido. Una lectura desde el psicoanálisis**

Autora: Lobato, Lourdes.

Legajo: L-5716/9.

Mail: lulilobato7@gmail.com

Docente Responsable: Asato, Mayumi.

Año: 2026.

Agradecimientos

Las gracias son infinitas para todos aquellos que me acompañaron durante este recorrido que, lejos de ser un anhelo individual, resultó ser un proyecto colectivo.

Infinitas gracias les doy a mi mamá y a mi papá, que han madrugado durante años para que yo pudiera seguir soñando. Hoy ese sueño se hace realidad. Gracias por su presencia, su desmedido amor y por ser sostén millones de veces.

Gracias a mi hermano Ignacio, porque su compañía es indispensable, por nuestra complicidad y por todas las risas que hemos compartido.

A mi tía Popi y a mi prima Davi, que siempre estuvieron al pie del cañón y son personas irremplazables en mi vida.

A Fran, por su infinita paciencia y su amor inagotable. Por ser tan compañero, por tu manera de amar, tu escucha y por tus abrazos. Gracias le doy al día en que nos conocimos.

A mis amigas que han hecho de éste un hermoso recorrido. Lo han llenado de anécdotas, de charlas eternas y de muchísimo cariño. Gracias a Virgi, por su palabra justa y su escucha irremplazable. Gracias a Charo, por entendernos con sólo una mirada. Gracias a Alfon, por su dulzura y compañía siempre cálida y amorosa. Gracias a Luci, por su presencia permanente y su forma de querer. Gracias a Gabi, por su abrazo que fortalece y su risa que contagia.

Gracias a mis amigos y amigas de la vida, por haber estado presente en cada paso que dí. Por acompañarme y por nuestra amistad tan duradera.

A mi perrito Mathiu, por su amor y por dormir la siesta a mi lado mientras estudiaba. Por su eterna compañía.

A Kala, Milo y Rubí por sus festejos desmedidos cada vez que llegaba a mi casa y por su alegría al recibirme.

Gracias a mi nona María y a mi nono Juan, las estrellas que más brillan en la noche.

Gracias a la Facultad de Psicología por la posibilidad de estudiar lo que amo y poder dedicarme a lo que me apasiona, por ser mi segundo hogar durante estos seis años. Todo lo aprendido supera el conocimiento académico y me permitió crecer como persona.

A mi profesora del T.I.F, Clara Castronuovo, por su paciencia y calidez.

A mi directora, Mayumi Asato, por su tiempo, presencia y enseñanza.

Gracias a la Universidad Nacional de Rosario, siempre pública, gratuita y de calidad.

Índice

Resumen.....	4
Palabras clave:.....	4
Introducción.....	5
Desarrollo.....	7
De la ceremonia al silencio: las respuestas culturales ante el desamparo de la muerte.....	7
La vejez como espejo de la muerte vedada. El retorno de lo reprimido.....	10
La muerte como condición, no como fin. Una apuesta psicoanalítica ante el rechazo cultural de la muerte.....	13
Reflexiones finales.....	16
Referencias bibliográficas.....	18

Resumen

El presente Trabajo Integrador Final (T.I.F.) tiene una modalidad ensayística en la que se pretende indagar el rechazo hacia la muerte y hacia la vejez en tanto esta última la presentifica y hace visible. Para ello, en primer lugar, se realiza un recorrido acerca de las respuestas con las que la cultura ha intentado hacerle frente a lo largo de la historia a partir de los postulados de Philippe Ariès (2011). El recorrido comienza con una manera de concebir a la muerte de forma advertida, es decir, se sabía que se iba a morir. Luego, prosigue hacia una muerte rodeada de familiares, amigos y vecinos, que sería una muerte familiar. Por último, se llega a la época contemporánea, donde ocurre que, a diferencia de los otros momentos históricos, no se busca responder ante la muerte sino eliminarla de la vida. Se afirma que ello tiene efectos sobre las personas mayores, ya que son quienes conforman la etapa de la vida más próxima a la muerte y, por lo tanto, son el lugar donde ella se hace visible. Es en las personas mayores el lugar donde la muerte, rechazada de la vida, retorna y se presentifica. La premisa principal del ensayo es que a partir del psicoanálisis se puede concebir a la muerte desde una postura distinta que no implicaría eliminarla de la vida. El ensayo concluye al postular que esta mirada no busca dar una respuesta definitiva sobre la muerte, más bien pretende asumir que ante este hecho no hay respuesta que alcance. La muerte es parte de la vida y es por ella que esta última tiene su valor.

Palabras clave:

Muerte - Vejez - Psicoanálisis

Introducción

La muerte se presenta como uno de los hechos más indescifrables, enigmáticos e inquietantes en lo que respecta a la existencia humana. Ella ha sido analizada históricamente por distintas corrientes, perspectivas y teorías, a la vez que fue abordada en un sinfín de oportunidades.

Los autores Blanco Picabia y Antequera Jurado (2013) postulan que ésta se muestra lo suficientemente compleja, ambigua y desconocida como para escapar una y otra vez a todos los intentos de aprehenderla intelectualmente y conceptualizarla. Sin embargo, se sostiene que lejos de ser un tema cerrado o agotado, cada intento por entenderla trae consigo nuevos interrogantes.

En este sentido, el presente ensayo tiene su punto de partida en la siguiente pregunta: ¿Es posible afirmar que lo que Freud (1895/1992a) describió como “vivencia de satisfacción” (p. 362) funciona para pensar la posición en la que se encuentra el sujeto frente a la muerte?

Esta vivencia se constituye a partir del desvalimiento del sujeto para responder ante el estímulo endógeno que lo altera y que sólo puede cancelarse mediante una acción específica, para la cual “el organismo humano es al comienzo incapaz de llevar a cabo” (Freud, 1895/1992a, p. 362). Para ello, se requiere de un auxilio ajeno, de un individuo experimentado que lleve a cabo esta acción y consiga la cancelación del estímulo.

Sin embargo, éste no consigue calmarlo por completo, y, como postulan García de la Cruz y Frazzetto (2019), cuando la necesidad sobreviene por segunda vez, se suscita una moción psíquica que busca reinvestir la percepción del objeto enlazado con la satisfacción de la necesidad. Al objeto no se lo puede reinvestir puesto que está perdido. Lo que sí se puede reinvestir es la percepción de la satisfacción primera: una moción de esa índole es el deseo.

Ahora bien, ¿es posible trazar un paralelismo entre esta vivencia de desvalimiento y la posición en la que queda el sujeto frente a la muerte? Si esta última es considerada un hecho desconocido y enigmático, ¿podría pensarse que el sujeto se encuentra en una situación de desvalimiento ante ella? Esto es, desamparado, sin recursos propios para elaborar una respuesta.

Al mismo tiempo, ¿se podría sostener que la cultura es quien ocupa el lugar del auxiliar, al generar, a través de sus distintas elaboraciones, como rituales, creencias y funerales, una respuesta posible allí donde el sujeto, por sí solo, no la encuentra?

En este sentido, es preciso recuperar el trabajo de Ariès (2011) quien propone un recorrido sobre las diferentes respuestas frente a este hecho que adoptaron las sociedades occidentales en cada momento histórico.

El autor narra que a partir de la época contemporánea se produce un cambio en la manera de concebir a la muerte. En épocas anteriores, la misma tenía un lugar en la vida y era entendida como un hecho natural e inevitable. A partir del siglo XIX y hasta la fecha, ocurre lo que Ariès (2011) denomina “muerte vedada” (p. 83). Vedada refiere a algo que está prohibido, restringido o que es rechazado. De esta forma, se sostiene que en la contemporaneidad la muerte será rechazada, vedada. Será tratada como un objeto tabú o un suceso vergonzante del cual nada se quiere saber.

¿Qué causó este cambio en la manera de concebir a la muerte? Si ella antes era considerada ineludible, ¿por qué a partir del siglo XIX ésta será reprimida, rechazada y eliminada de la vida?

Para Ariès (2011), la muerte aparece irrumpiendo los momentos de felicidad en la vida y genera sentimientos de tristeza y agonía insostenibles en una cultura que sólo admite alegría. Por lo tanto, podría postularse que en los tiempos que corren ella es concebida como aquello que atenta contra el orden social y desafía al bienestar colectivo. “Importa ante todo que la sociedad, la vecindad, los amigos, los colegas y los niños adviertan lo menos posible que la muerte ha pasado” (Ariès, 2011, p. 87).

Ahora bien, ¿cuáles son los efectos o consecuencias que conlleva esta concepción?

Uno de los efectos visibles de esta forma de tratar a la muerte puede verse en el lugar que ocupa la vejez en la sociedad. Si bien esta población no sería la única perjudicada, sí será el objeto de este escrito, dejando por fuera otros sectores de la sociedad igualmente afectados.

Las personas mayores encarnan en su figura el paso del tiempo y la proximidad a la muerte. Son el recordatorio de aquello que la cultura pretende borrar. Esta población se convierte en el lugar donde el intento por vedar y rechazar a la muerte retorna y se hace visible. Es en ellos donde el problema de la finitud se vuelve más urgente y cercano. Entonces, ¿qué ocurre con las personas mayores que, al igual que la muerte, son desplazados en este intento por eliminarla? ¿De qué manera esto los afecta?

Por último, ¿es posible revertir esta manera de leer a la muerte? ¿Se podría plantear otra? Se considera que esto podría lograrse al recuperar algunos de los postulados psicoanalíticos de Sigmund Freud y de Jacques Lacan. Por lo tanto, la premisa principal del escrito sostiene que es a partir del psicoanálisis que se puede proponer otra mirada u otro tratamiento hacia la muerte que difiera del que actualmente existe.

Ariès (2011) postula que la muerte ha sido vedada de la vida porque provoca tristeza en una sociedad que sólo tolera y acepta felicidad. A partir de esta premisa, se propone retomar en los escritos de Sigmund Freud y Jacques Lacan la manera en la que estos autores leen a la muerte e indagar a qué se debe este rechazo hacia la misma por parte de la cultura.

¿Por qué ella ha sido reprimida, eliminada de la vida? ¿Qué es lo que representa la muerte que resulta insoportable para la cultura? ¿Qué propone el psicoanálisis? Son algunas de las preguntas que guiarán el recorrido del escrito.

Desarrollo

De la ceremonia al silencio: las respuestas culturales ante el desamparo de la muerte

Según lo planteado anteriormente, la muerte se presenta como uno de los grandes enigmas de la existencia humana. Ella se muestra indescifrable, inconcebible e irrepresentable.

Se hipotetizó además si podría pensarse que frente a ella el sujeto se encuentra en una posición de desamparo y desvalimiento al no tener respuestas para responder o recursos para elaborarla. En este punto, se sostiene que aparece la cultura como “auxiliar ajeno” (Freud, 1895/1992a, p. 362) para responder ante ello.

Para Freud (1930/1992b), la cultura “designa la suma de las producciones e instituciones que distancian nuestra vida de la de nuestros antecesores animales y que sirven a dos fines: proteger al hombre contra la Naturaleza y regular las relaciones de los hombres entre sí” (p. 88).

Con respecto al último fin, la misma opera fomentando la renuncia de los sujetos a sus satisfacciones pulsionales, en la medida en que “su esencia consiste en que los miembros de la comunidad se limitan en sus posibilidades de satisfacción” (Freud, 1930/1992b, p. 84). Éste se constituye como el paso cultural decisivo, además de ser lo que vuelve posible que individuos aislados formen comunidad.

Con respecto al primero, cabría preguntarse lo siguiente: ¿Es la cultura la que, mediante sus formaciones y creaciones, como los rituales o cementerios, defiende al hombre del desamparo que la muerte le genera?

En este punto se produce un entrecruzamiento con el desarrollo que propone Philippe Ariès (2011) acerca de los distintas maneras que las sociedades occidentales han encontrado para responder a la muerte a lo largo de la historia. Cabe aclarar que si bien el autor basa su recorrido a partir del concepto de sociedad, resulta enriquecedor para el escrito proponer el término de cultura tal como ha sido trabajado por Freud y expuesto anteriormente.

El recorrido propuesto por Ariès (2011) tiene inicio en los siglos V y VI, donde postula que la muerte tenía el carácter de una muerte advertida. Las personas no se morían sin haber tenido tiempo de saber que se iban a morir. Ya sea por signos naturales o convicciones propias, el individuo estaba advertido de ella.

Por lo tanto, se podría afirmar que el hecho de estar advertido ante la propia muerte le proporciona al sujeto una sensación de seguridad, permitiendo la confianza en su destino. Además, esto posibilita que la vida sea más llevadera y, de alguna manera, mejor aprovechada en la medida en que sabía que en algún momento iba a llegar el final.

A partir del siglo VIII, tiene lugar lo que podría entenderse como una muerte familiar. Esto es, el enfermo yace en su cama, convertida en su lecho de muerte y fallece rodeado de sus familiares, amigos y conocidos. Ariès (2011) considera que la familiaridad con la misma se constituye como una forma de aceptación del orden de la naturaleza.

Sucede entonces que, en la muerte, el sujeto experimenta las leyes de la especie y no procura escapar de ella. Simplemente la acepta, lo que no significa entenderla o poder representarla. Al estar acompañado hasta último momento de su familia, sus amistades y vecinos, la relación con la muerte le resulta más familiar.

En los siglos siguientes, Ariès (2011) postula que se produce una ligera modificación con respecto a la familiaridad de la muerte debido a que se introduce la preocupación por la singularidad de cada uno. De este modo, comienza a establecerse una particular relación entre ella y la biografía del sujeto.

Se considera que la actitud del sujeto en el momento de morir daría a esa biografía su sentido definitivo, su conclusión. El ritual de la muerte en el lecho, a partir de fines de la Edad Media adquiere un carácter dramático, una carga emocional que no tenía antes. Esto se atribuye a que “la muerte se conformó como el lugar donde el hombre tomó, mejor que en

ningún otro, conciencia de sí mismo” (Ariès, 2011, p. 55). De esta manera, la muerte representaría el final de los hechos que conformaron su vida, por lo tanto esta última adquiere un carácter distinto en la medida en que lo que se haga en ella determinaría su fin.

A partir del siglo XIX, el autor propone que estas actitudes ante la muerte se fueron modificando según pasaban los años y esto trajo como resultado una actitud distinta a las otras que lleva el nombre de “muerte vedada” (Ariès, 2011, p. 83). La muerte, en otro tiempo tan presente por resultar familiar, va a difuminarse y a desaparecer. Se vuelve ahora vergonzante y objeto de tabú.

Si antes el sujeto era advertido sobre la misma y tenía noción de que iba a ocurrir, ahora su propia muerte es ocultada y en vez de convertirse en una verdad, comienza a transformarse en un problema. Se consideraba que lo ideal era mentir para proteger al enfermo, pero luego se descubrió un sentimiento característico de la Modernidad que encubría esta mentira. Para Ariès (2011), el objetivo era evitar, no ya al moribundo sino a la sociedad y al entorno mismo, una turbación y una emoción demasiado fuertes, insostenibles, causadas por la irrupción de la muerte en plena felicidad de la vida.

Entonces, puede verse que la muerte pasa a ser concebida como tabú como consecuencia de los ideales de la época, que eran la necesidad de la felicidad y la obligación social de contribuir al bienestar colectivo. Esto se produce para evitar toda causa de tristeza, simulando estar siempre feliz, incluso si se ha tocado el techo del desamparo. Ariès (2011) postula que, mostrando algún signo de tristeza, se peca contra la felicidad, se la cuestiona y la sociedad corre entonces el riesgo de perder su razón de ser.

Por consiguiente, en este momento de la historia se asiste a un giro en las maneras culturales de concebir a la muerte y comienza a ser considerada de otra manera. Se le da un tratamiento moral. En una época donde debía reinar la alegría, morir implicaba agonía, desamparo y contrariaba a ese sentimiento.

Ahora bien, ¿podría pensarse que el rechazo hacia la muerte recae sobre quienes encarnan, con su figura y presencia, aquello que la cultura pretende eliminar? ¿Son las personas mayores, por su particular relación y cercanía con la muerte, quienes se vuelven invisibles en igual medida? Por lo tanto, ¿qué ocurre cuando, en este esfuerzo por reprimir a la muerte, se afecta también a este conjunto poblacional?

La vejez como espejo de la muerte vedada. El retorno de lo reprimido

En el apartado anterior fueron descritas las maneras en las que la cultura ha intentado responder ante la muerte en los distintos momentos históricos, siendo la última de ellas lo que Ariès (2011) denomina como muerte vedada: una muerte tabú, silenciosa, ignorada. De ella nada se quiere saber y el esfuerzo es, más que a tramitarla como sucedía en otras épocas, a hacerla a un lado de la vida.

También se sostuvo que estos intentos de exclusión recaen sobre las personas mayores en tanto ellos son un recordatorio de la existencia de la misma. El paso del tiempo plasmado en sus cuerpos, en sus figuras, en sus formas de ser y estar en el mundo dan cuenta de la proximidad ante la muerte, una cercanía que no está presente en otras etapas de la vida como sí lo está en la vejez.

En este punto es preciso delimitar qué se entiende por vejez. Ésta es definida como el “estado que se alcanza cuando se cumplen determinados parámetros y condiciones definidas por cada una de las sociedades y culturas en su devenir histórico” (Serrani, 2017, p. 1). De esta definición se desprende que la misma es una construcción social que depende de cada cultura según un momento histórico determinado. Esto quiere decir, entonces, que cada cultura, dependiendo de la época en la que se encuentre, produce sus propias significaciones acerca de lo que es la vejez.

Ésta, además, se articula de una manera especial con la muerte mediante lo que Salvarezza (1999) postula “personalización de la muerte” (p. 43). El autor enuncia que la muerte de pares y amigos hace que ésta se convierta en una posibilidad real para uno mismo y que deje de ser la mágica o extraordinaria ocurrencia que parecía ser cuando se era joven.

En este sentido, la muerte, en lugar de ser una concepción general o un acontecimiento experimentado en términos de pérdida de algún ser, se transforma en un problema personal. Se trata de la propia muerte, la propia mortalidad real y actual (Salvarezza, 1999).

En la época contemporánea, la cultura desplazó a la muerte en tanto ella irrumpe contra la felicidad y el bienestar colectivo, la excluyó de la vida. Pero Freud (1915/1992c) demostró en su texto *La represión* que si bien ésta consiste en “rechazar algo de la conciencia y mantenerlo alejada de ella” (p. 142), en un tiempo posterior opera lo que él denomina el “retorno de lo reprimido” (p. 149). Por lo tanto, aquello que fue reprimido, retorna bajo una formación desplazada o desfigurada.

Así como el sujeto reprime mociones pulsionales para hacerlas a un lado y luego éstas retornan, esta misma lógica puede leerse en el hecho de que la cultura intentó reprimir a la muerte pero ésta retorna encarnada en la figura de la persona mayor. Éste pasa a

convertirse en el lugar donde aquello que fue expulsado regresa y lo hace de manera visible y personificada.

Por este motivo, hay en la vejez un desplazamiento a una categoría de exclusión (Fernández Ferman, 2009) en tanto el adulto mayor personifica aquello que se intenta reprimir. La vejez se presenta como una especie de recordatorio sobre lo que la cultura pretende silenciar, se encarna en lo que retorna de lo que fue excluido. “La vejez para el hombre contemporáneo se presenta como aborrecible: sombra de un porvenir siniestro” (Fernández Ferman, 2009, p. 160).

Por consiguiente, hay para los adultos mayores una pérdida de lugar en el mundo con el horizonte de la propia muerte más que cambios de lugar en la sociedad que promuevan la integridad y la integración (Fernández Ferman, 2009). En vez de inclusión, hay exclusión.

En consecuencia, la vejez pasa a ser concebida sólo por sus aspectos deficitarios y negativos, en la medida en que ella representa en la sociedad lo vergonzante, lo tabú, lo que de nada se quiere saber porque cuestiona el ideal de época. La imagen del deterioro, el visible paso del tiempo y la finitud de la vida enfrentan a los sujetos y a las sociedades a la muerte como un destino inevitable, a pesar de los intentos por no concebirla de esta manera.

Por lo tanto, como sucedió con la muerte, la vejez también será hecha a un lado y rechazada. Pero este aislamiento social, producto del rechazo a la vejez, se constituye como un factor de riesgo y deterioro de la calidad de vida durante el envejecimiento (Fernández Ferman, 2009) que produce como consecuencia lo que se denomina por viejismo.

Salvarezza (1999) lo define como “el conjunto de prejuicios, estereotipos y discriminaciones que se aplican a los viejos simplemente en función de su edad” (p. 23). La discriminación practicada no es por motivos religiosos, por elecciones personales o por cuestiones de género. Ante estas no hay nada que hacer, porque no es posible que la persona cambie, por ejemplo, de religión. La diferencia que se plantea en el viejismo reside en que todos llegaremos a ser viejos y por lo tanto convertirnos en víctimas de nuestros propios prejuicios.

La consecuencia visible y efectiva de hacer a un lado la vejez e ignorarla tal como se hace con la muerte desemboca en el concepto de viejismo.

El viejismo lleva a las generaciones jóvenes a ver a los viejos como diferentes, a no considerarlos como seres humanos con iguales derechos y, lo que es peor, no les permite a ellos - a los jóvenes - identificarse con los viejos. Resultado: se tiende a ver la vejez como algo que no nos pertenece, como algo que está allá, en un futuro muy lejano y, por lo tanto, al no sentir que nos concierne, no nos permite prepararnos para enfrentar nuestro propio envejecimiento (Salvarezza, 1999, p. 51).

Entonces, en la actualidad no sólo la muerte será eliminada o excluida de la vida sino también la vejez. Si la cultura no dispone de recursos para tramitar la muerte, tampoco los tendrá para alojar a quienes la personifican. En este punto es donde el psicoanálisis surge para proponer otra mirada u otro tratamiento hacia la muerte que no consista en su exclusión. Se trata de postular una posición distinta ante aquello ante lo cual no hay respuesta, pero ya no rechazándola sino pensando a la misma como una condición de la vida y entendiéndola como un agujero constitutivo del sujeto.

La muerte como condición, no como fin. Una apuesta psicoanalítica ante el rechazo cultural de la muerte

En este apartado se propondrá una nueva mirada ante el hecho de la muerte que posibilitaría el abandono de los prejuicios tanto hacia la misma como hacia la vejez. Esta novedad emerge desde el psicoanálisis, específicamente de los postulados de Sigmund Freud y de Jacques Lacan. Ambos han trabajado este suceso en diversos textos y se intentará recuperar lo propuesto por ellos para arribar a un nuevo tratamiento de la cuestión.

Para el abordaje de la muerte desde el discurso psicoanalítico resulta fundamental discernir dos niveles de lectura. Si bien ambos se relacionan y entrecruzan, serán abordados por separado a fines explicativos.

El primero es un nivel de mayor profundidad conceptual, en el que se concibe a la muerte como algo que viene a nombrar aquello que escapa a toda representación posible. La muerte vendría a ocupar el lugar de nombrar lo que, por su propia naturaleza, no puede ser representado. Desde esta perspectiva, es posible hipotetizar una respuesta acerca de por qué a la muerte se la busca eliminar de la vida, esa muerte vedada que Ariés (2011) describe y que fue desarrollada con anterioridad.

Para este nivel, resulta necesario retomar lo que Freud (1895,1992a) denominó el “complejo del prójimo” (p. 377) situando este momento como el que permite al sujeto operar con la función de discernimiento. Al respecto, el autor postula:

El complejo del prójimo se separa en dos componentes, uno de los cuales impone por una ensambladura constante, se mantiene reunido como una cosa del mundo, mientras que el otro es comprendido por un trabajo mnémico, es decir, puede ser reconducido a una noticia del cuerpo propio (Freud, 1895/1992a, p. 377).

En este punto comienza a introducirse el término de Das Ding, traducida como la Cosa, que refiere a aquella parte del prójimo que no puede ser comparada a una porción del propio cuerpo, sino que funciona como un cuerpo extraño, desconocido. Podría decirse que en ese momento el sujeto discierne que en el otro hay una parte enigmática que no se puede comprender ni conocer.

Esta cuestión es retomada y profundizada por Lacan en su *Seminario 7: La ética del psicoanálisis* (1959). Allí, en primer lugar, trabaja la noción de ética clásica y la diferencia de la ética psicoanalítica. La primera tiene como referente a Aristóteles y se organiza en torno a un “Soberano Bien” al que el sujeto debe alcanzar para realizarse como tal. La segunda, que será desarrollada por el autor a lo largo del Seminario, guarda relación con el término freudiano “Das Ding”. “Das Ding es originariamente lo que llamamos el fuera-de-significado” (Lacan, 1959, p. 70).

La Cosa sería aquello que excede a la significación, queda excluido de la posibilidad de simbolización y por ende de la representación, que sólo puede hacerse mediante lo simbólico. Es ajena a todo lo que el sujeto pueda nombrar o representar. Los intentos por simbolizarlo son fallidos porque ésta no se trata en la dimensión simbólica, sino en lo Real.

¿Podría plantearse entonces que la muerte es una de las formas en que la Cosa se presenta para el sujeto? Si la Cosa se constituye como un agujero central ante lo cual no hay representación posible, la muerte podría ser una forma en la que eso que no puede ser nombrado aparece.

A partir de esta idea, puede pensarse que la muerte viene a ocupar el lugar de representar y nombrar aquello que no puede hacerlo sí mismo. La muerte sería, en este sentido, un modo en que la Cosa se hace presente para el sujeto.

Esto último permite hipotetizar lo siguiente: Si la muerte guarda esta relación cercana con la Cosa, con aquello que excede toda posibilidad de simbolización y escapa a la significación, entonces su rechazo en la contemporaneidad, tal como fue trabajado por Ariès (2011) se debería a que en la muerte resuena ese vacío central que el sujeto no puede enfrentar o simbolizar. Expulsar a la muerte de la vida sería, por lo tanto, un intento de mantener distancia de aquello que la Cosa encarna, aquello irrepresentable.

Con respecto al segundo nivel, se encuentra aquí la idea de incluir a la muerte como parte de la vida. Esto puede leerse, en primer lugar, en el texto de Freud (1915/1992d) *De Guerra y Muerte*, en el que propone lo siguiente:

¿No sería mejor dejar a la muerte, en la realidad y en nuestros pensamientos, el lugar que por derecho le corresponde, y sacar a relucir un poco más nuestra actitud inconsciente hacia ella, que hasta el presente hemos sofocado con tanto cuidado? (Freud, 1915/1992d, p. 301).

Freud (1915/1992d) sostiene que en el inconsciente nada sabemos de nuestra propia muerte, en tanto ésta tiene un contenido negativo, pero al darle el lugar que le corresponde en nuestra vida esto trae como ventaja hacer que de nuevo la vida nos resulte más soportable. Y soportar la vida sigue siendo el primer deber de todo ser vivo. Cierra su texto con el siguiente dicho: “Si quieres soportar la vida, prepárate para la muerte” (Freud, 1915/1992d, p. 301). En este punto puede verse cómo la muerte se presenta como una condición para vivir y no únicamente como su final.

Además, en otro de sus pasajes, Freud (2012) postula que si bien nos podemos entretener con la idea de que la muerte nos llega por nuestra propia voluntad, sería más posible que no pudiéramos vencer a la muerte porque ella es una aliada dentro de nosotros.

Esta idea es solidaria a lo dictado por Lacan en una conferencia de 1972 en la que se extrae el siguiente fragmento:

Ustedes tienen mucha razón en creer que van a morir, desde luego; eso los sostiene. Si no creyeran en eso, ¿podrían soportar la vida que tienen? Si uno no estuviera sólidamente apoyado sobre esta certeza de que eso terminará, ¿acaso podrían ustedes soportar esta historia? (Lacan, 1972, p. 7).

Entonces, en este segundo nivel pueden leerse varios pasajes que dan cuenta de que la muerte es parte de la vida. “La vida pierde interés cuando la máxima apuesta en el juego de la vida, que es la vida misma, no puede arriesgarse” (Freud, 1915/1992d, p. 291). Es la muerte la que posibilitaría soportar la vida.

De esta manera, puede verse cómo los dos niveles desarrollados se complementan. Plantear que la muerte debe ser incluida como parte de la vida no es una operación que pueda realizarse sin antes reconocer el lugar que ocupa la muerte allí. Es porque la muerte guarda una íntima relación con la Cosa, con ese vacío estructural frente al cual no hay representación posible que su inclusión en la vida no se trata solamente de una aceptación o de una cuestión moral. No se trata de comprender a la muerte, ni de proponer una solución ante ella, más bien se busca dejar explicitado que el sujeto está estructural y constitutivamente ligado a algo que excede toda simbolización.

En este sentido, incluir a la muerte como parte de la vida implicaría también incluir ese vacío que ella encarna. En este punto es que la propuesta psicoanalítica cobra sentido. No se trata de aceptar la muerte, ni de considerarla únicamente como el final de vida, sino como una de las condiciones de la misma. La muerte es aquello que le daría valor a la vida.

Reflexiones finales

La propuesta del ensayo tiene su punto de partida en la siguiente afirmación: Actualmente, hay un intento por parte de la cultura de rechazar la muerte, de eliminarla y de hacerla a un lado de la vida. Esto no fue siempre así sino que se da a partir de los ideales de la época actual.

De esta manera, en primer lugar se abordaron las distintas respuestas que la cultura ha generado para afrontar el hecho de la muerte a lo largo de la historia, desembocando en lo que Ariès (2011) denomina muerte vedada. Esta es la forma en la que se concibe a la misma en la contemporaneidad. Ella entonces será rechazada, eliminada, reprimida en la medida en que contradice a los ideales de época que son el bienestar y la felicidad colectiva, dado que la muerte sólo produce tristeza y agonía.

Ahora bien, esta manera de concebir a la muerte no es sin efectos. Uno de ellos, trabajado en el segundo apartado del escrito, es la manera en que la vejez aparece como el lugar donde aquello que fue rechazado retorna y se presentifica en la persona mayor. Si la muerte es rechazada y hay un intento por reprimirla, ella retornará en la figura del adulto mayor, en tanto éste está próximo a la misma a diferencia de las demás etapas de la vida.

Por lo tanto, la persona mayor ocupará el lugar desde donde ese retorno aparece y se hace presente y visible. Entonces, el rechazo hacia la muerte se verá desplazado también hacia la vejez en general, en la medida en que hay una relación entre ambas. Esto trae como consecuencia prejuicios, discriminación y también un intento por hacer desaparecer esa etapa de la vida, por no tenerla en cuenta.

En este punto se introduce la premisa principal del escrito en la que se sostiene que es mediante el psicoanálisis que se puede introducir otra postura hacia la muerte que no implique una eliminación de la misma ni un rechazo hacia la vejez.

Esta propuesta consiste de dos niveles donde en el primero se pretende indagar sobre el vínculo de la muerte con la Cosa y cómo a partir de ello sería posible brindar una respuesta acerca de porqué la cultura ha intentado eliminar a la muerte de la vida.

Con respecto al segundo, se intenta postular una nueva postura en la que la muerte se constituye como una aliada de la vida, como una parte de ella. Consiste en no intentar eliminarla de la vida, sino de incluirla.

Sin embargo y como se ha planteado al inicio del escrito, la muerte se presenta tan compleja que, a pesar de todos los intentos por abordarla, no resultan suficientes. Por eso, este escrito no pretende brindar una respuesta acabada y solucionar este enigma, sino que intenta abrir más interrogantes para enriquecer la investigación y abordarla desde otro enfoque.

Sin duda, en este intento han quedado por fuera muchas otras cuestiones que resultan igual de relevantes y que funcionarán como puntos de partida para futuras

investigaciones y abordajes. De esta manera, cabría preguntarse qué ocurre con otros sectores de la población que cargan estos prejuicios y si tienen una relación especial con la muerte como lo tiene la vejez.

También resultaría interesante indagar los efectos que traería en los sujetos adoptar la postura que propone el psicoanálisis y cómo esto puede pensarse en el ámbito clínico, sin desconocer el rol fundamental que ocuparía el analista y las intervenciones que realizaría ante esta problemática.

Referencias bibliográficas

- Ariès, P. (2011). *Historia de la Muerte en Occidente. De la Edad Media hasta nuestros días*. Barcelona: Acantilado.
- Blanco Picabia, A., Antequera Jurado, R. (2013) La muerte y el morir en el anciano. En Salvarezza, L. (Ed)., *La vejez: Una mirada gerontológica actual*. (pp 285 - 314). Buenos Aires: Paidós.
- Fernández Ferman, A. (2009). El otro, el viejo. Trabajo psicoanalítico e inclusión. En *Revista Uruguay de Psicoanálisis Núm. 180. El objeto, el otro*. (pp. 159-180). Montevideo: Impresora Gráfica.
- Freud, S. (1915/1992a). Proyecto de Psicología para Neurólogos. En *Obras Completas. Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos en vida de Freud*. (Volumen 1, pp. 323-446). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1930/1992b). El Malestar en la Cultura. En *Obras Completas. El porvenir de una ilusión. El malestar en la cultura y otras obras*. (Volumen 21, pp. 57-140). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1915/1992c). La represión. En *Obras Completas. Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. Trabajos sobre metapsicología y otras obras*. (Volumen 14, pp. 135-152). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1915/1992d). De guerra y muerte. En *Obras Completas. Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. Trabajos sobre metapsicología y otras obras*. (Volumen 14, pp. 273-304) Buenos Aires: Amorrortu.
- Frazzetto, M. y García de la Cruz, S. (2024). *El ser sexuado. Pulsión y deseo como conceptos centrales de la teoría psicoanalítica*. Rosario: Ficha de cátedra
- Lacan, J. (1959). *El Seminario de Jacques Lacan. Libro 7. La ética del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1972, Octubre). *Conferencia de Lacan en Lovaina*. Trabajo presentado en la Universidad Católica de Lovaina. Lovaina, Bélgica.

- Salvarezza, L. (1999) Factores biológicos y sociales que inciden en la psicología del envejecimiento. En Salvarezza, L. (Ed)., *Psicogeriatría. Teoría y Clínica*. (pp 38 - 57). Buenos Aires: Paidós.
- Serrani, D. (2017) Factores protectores para un envejecimiento saludable. En Frenquelli, R. (Ed)., *Neuropsicología profunda y Psicología del Desarrollo*. Homo Sapiens. Rosario
- Sylvester Vierick, G (2012). *Entrevista a Sigmund Freud. El valor de la vida*. Caracas: T(r)ópicos: Revista de Psicoanálisis.